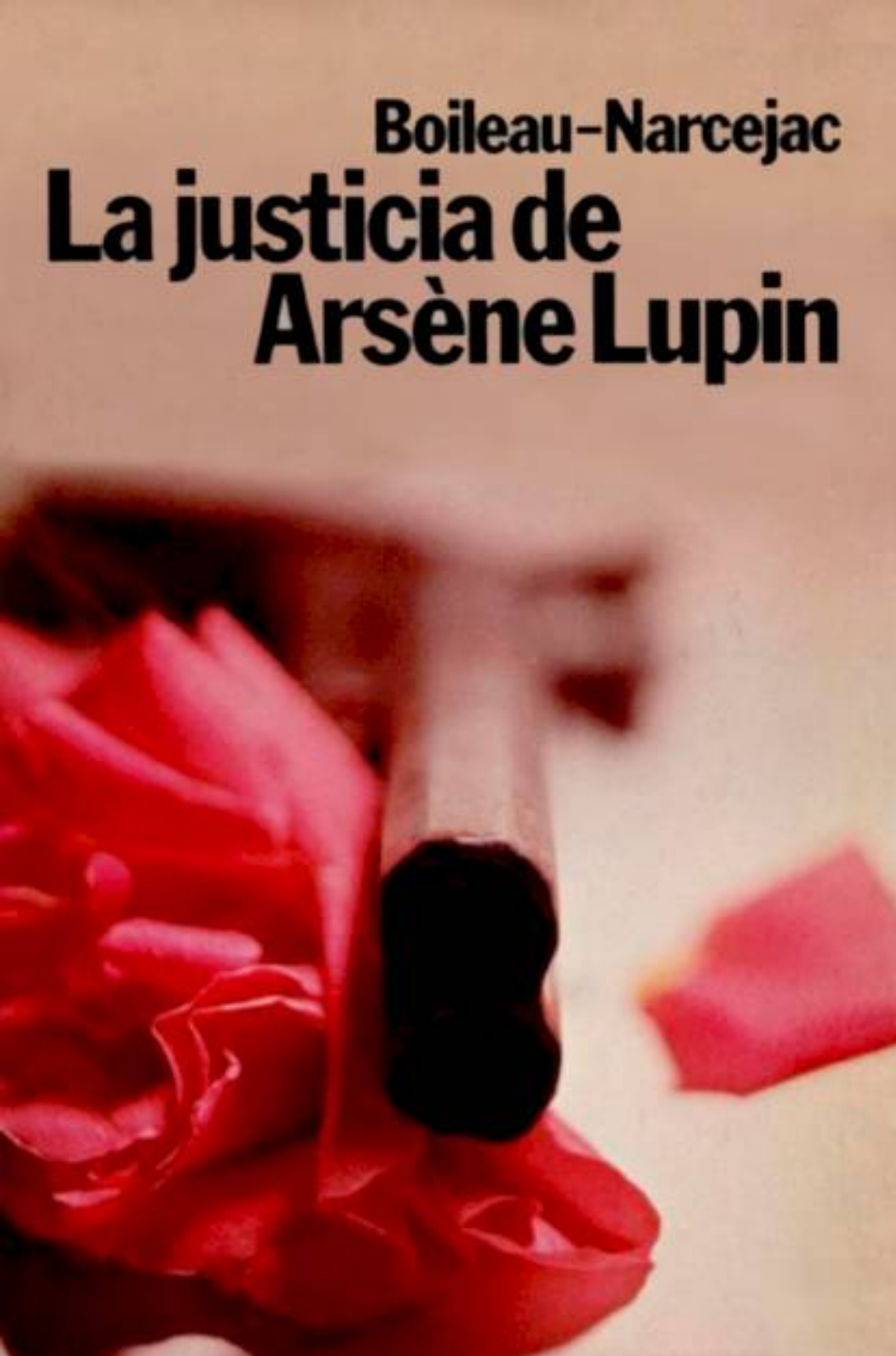
Boileau-Narcejac

La justicia de Arsène Lupin



En esta novela se ha tomado como figura central el célebre Arsène Lupin, el ladrón caballeresco que tanta fama alcanzó en la literatura de evasión del primer cuarto de siglo. El personaje, que es aquí algo más viejo, estaba casi retirado de la vida aventurera y se le daba por muerto. Pero el deseo de ayudar a una dama en apuros le hace entrar de nuevo en escena y mezclarse en un complicado asunto que desencadenará una sucesión de aventuras a cuál más sorprendente. Los autores, maestros en el arte de la novela policiaca, han sabido recrear a la perfección el ambiente romántico y galante de las obras de Maurice Leblanc y darle al mismo tiempo un toque personal e innovador, logrando un espléndido relato lleno de emoción y misterio.

LA JUSTICIA DE ARSÈNE LUPIN

Boileau-Narcejac

I

EL BILLETE DE CINCUENTA FRANCOS

—Pero si le estoy diciendo que no va a haber nadie —recalcó Bernardin.

Arsène Lupin, erguido ante el espejo de su alcoba, se aplicaba un ligero maquillaje, con una habilidad propia de actor de la Comédie-Française. Dudó largo rato sobre qué bigote elegir, mientras Bernardin, a horcajadas en una silla, le observaba no sin una pizca de impaciencia.

—Me lo ha confirmado Joseph, el lacayo —insistió—. La señora sale cada martes y pasa la noche en compañía de su hijo.

Lupin ensayó varias muecas para cerciorarse de que el breve bigote pelirrojo, resultado de su elección, se le adhería bien al labio superior.

—¿Dónde? —preguntó.

—En Valmondois. Han llevado ahí al niño para criarlo. Todo esto se lo he explicado ya mil veces, patrón. Confiese que me está tomando el pelo.

—Ni hablar, chico. Me limito a repasar la lección. ¿Te ha dicho ese Joseph por qué dejó el empleo?

—¡Pues claro! Al parecer, los Mendaille no paran de pelearse. Se ve que andan a la greña. Joseph prefirió buscar otra cosa. Le caía muy gordo ese tipo que, según parece, es bastante animal.

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé exactamente.

Lupin se volvió y, con el dedo, reprendió a Bernardin.

—Deberías saberlo. Si te invitan en casa ajena, hay que enterarse de todo.

—¡Bah! Calculo que andará por los cuarenta. Lo que sí es cierto es que sale a menudo de noche, sobre todo cuando su mujer se ausenta. Frecuenta un círculo de la calle des Capucines y no regresa antes de la una de la madrugada. Como Joseph sigue sin sustituto, esta noche la casa estará vacía.

Lupin extendió entonces por sus mejillas una finísima capa de crema.

—¿Cree que vale la pena —comentó Bernardin— si nadie va a verle?

—Seguro que no. Sólo lo hago por distraerme… No puedes entenderlo… Estoy jugando a «otros tiempos», ¡ya ves!

De un brinco, Lupin se plantó delante de Bernardin. En sus ojos chispeaba una malicia juvenil.

—Sabes, no me disgusta quitarme diez años de encima. Por esa época, me esmeraba. Desvalijar una casa era ir de excursión, era un espectáculo a mi antojo, como si fuera al teatro. Hacía de espectador y de actor. ¡Ah, cómo me gustaba aplaudirme y qué bien actuaba! ¡Me reclamaron tantas veces a escena!… Por desgracia, después estalló la guerra. Hoy, en cambio, cómo puedo saber si aún me conservo. «Reaparezco» por vez primera. No puedo fracasar. Por eso te estoy dando la lata con tanta pregunta. Lo que ocurre es que me he de aprender el papel. ¡A ver! Otra vez. ¿Adónde vamos?

—Al domicilio de Xavier Mendaille, que vive en la calle La Rochefoucauld.

—¿Con quién se casó el tal Mendaille?

—Con la nieta de los champañas Verzy-Montcornet, Béatrice. A primera vista, una gran fortuna. Joyas de mu-

cho valor.

—Muy bien. ¿Y qué más sobre Mendaille? Espera… A ver si domino el tema.

Comenzó a recitar.

—Xavier Mendaille poseía una vasta hacienda, cerca de Reims. La vendió en 1913. Cuando vino la movilización, logró esconderse durante unos meses. Luego, el ejército acabó recuperándolo y cayó herido, en abril de 1915. Más tarde consiguió, a saber de qué modo, que lo declararan inútil, conque ya me lo tienes instalado en París, tan pimpante, corriéndose las grandes juergas. En resumen, ¿quién es el tal Mendaille?

—Un caradura.

Lupin se echó a reír.

—Esto es exactamente lo que me tenías que decir. ¿Y qué debemos hacer con los caraduras?

—Obligarles a que aflojen.

—Te estás volviendo inteligente, Bernardin. De manera que yo, Arsène Lupin, fiándome de las pesquisas emprendidas por el señor Bernardin, he decidido ocuparme muy en serio del tal Xavier Mendaille, y así se explica que me esté disfrazando de hombre honrado.

Esbozó una pirueta y pellizcó al joven en la mejilla.

—¡Vamos, no me vengas con cuentos, sonríe! ¿Qué es esa cara de entierro?

Mirándose al espejo, se retocó el semblante, como un pintor que da las últimas pinceladas a un retrato, retrocedió dos pasos, se examinó de cara y de perfil, Se puso luego un guardapolvo, se tocó con una gorra e hizo una castañeta con los dedos.

—¡Andando, gandul!

Salieron. De inmediato, el aire helado les transformó el aliento en vaho. Hacía un mes de marzo glacial. Los faroles palidecían bajo el resplandor de la luna llena, que recortaba en el suelo las sombras unidas de los dos hombres.

—Mira que elegir precisamente una noche como ésta —dijo Lupin; sin embargo, no había perdido en absoluto el buen humor y prosiguió chanceándose:

—Artículo 1. No operar jamás en claro de luna. Artículo 2…

Cruzaban la plaza de l'Opéra. Se interrumpió y asió el brazo de su compañero.

—Pero, en fin, ¿por qué llevas tanta prisa? ¿Es que no podíamos esperar?

—Mire, esto también se lo he explicado. Mendaille ha contratado a otro sirviente. La semana que viene, ya sería demasiado tarde.

—Opino igual. Pero me gusta oírtelo repetir. Me gusta que todo se tenga en cuenta. Te voy a decir una cosa: estamos pasando un examen. Hasta el momento, el alumno Bernardin se las apaña bastante bien. No obstante, aún no han empezado las pruebas decisivas.

Apretaron el paso y se adentraron por la calle de la Chaussée-d'Antin, donde era raro tropezarse con noctámbulos.

—Nuestro amigo Sébastien me dijo que antes de la guerra vivías en provincias.

—Sí —contestó Bernardin con rencor—. Pero prefiero olvidarlo.

Caminaron un buen rato en silencio. La iglesia de la Trinité dio la media.

—Las once y media —observó Lupin—. Tenemos tiempo de sobras. En estos momentos, estarán desplumando al Mendaille, o al menos así lo espero. ¡Y es que yo estoy a favor de la moral!

—Cuidado —murmuró Bernardin—, que ya llegamos. Es aquella casa de la esquina. A la derecha, hay una puerta de servicio que da a la calle d'Aumale. La entrada principal está en la otra fachada, la de la calle La Rochefoucauld.

Lupin se detuvo a examinar el lugar. La mansión de los Mendaille era un vetusto y hermoso edificio, de dos pisos.

Las ventanas de la planta baja se hallaban protegidas por postigos metálicos, bien sujetos. Una farola alumbraba el cruce, pero las calles, a derecha y a izquierda, aparecían desiertas.

Sin apresurarse, como dos transeúntes que vuelven a casa, cruzaron la calzada y se inmovilizaron ante la puerta. Lupin tanteó la cerradura.

—Pásame el estuche —susurró.

Al abrirlo, las finas herramientas del interior lanzaron destellos. Bernardin señaló una varilla rematada en forma de gancho.

—No —dijo Lupin—. Bastará una ganzúa sencilla. Es una casa antigua. No es el Banco de Francia.

Cogió el utensilio, pulsó suavemente el picaporte, empujó con la palma de la mano. La puerta no se abría.

—Hay un cerrojo por dentro —comentó—. No vale la pena insistir. Pero ya podrías saberlo. Vamos a ver del otro lado… ¡Eh, chico, te ha dado el tembleque, pues vaya! Mala cosa, Bernardin. No te habrías figurado que sería tarea fácil, supongo. ¡Hay que tener más agallas, recórcholis!

Doblaron la esquina de la casa, comprobaron que la calle La Rochefoucauld estaba vacía, hasta donde alcanzaba la vista. Examinaron las dos cerraduras de la entrada principal.

—La de abajo no plantea problemas —apuntó Lupin—. Te la dejo. Utiliza el punzón pequeño.

Sudándole las manos, Bernardin manipuló durante un minuto largo, hasta que notó que algo cedía.

—Ya está, patrón. Ya gira.

—Pues claro que gira. La de arriba, en cambio, nos va a costar más. Apártate… La llave lisa… No, ésta no serviría… La otra… la que tiene dos dientes, gracias.

Como de milagro, se entreabrió el batiente.

—Tú primero, amigo —dijo Lupin, sonriente.

—Anda —balbuceó Bernardin—. Ya me explicará…

—Sí, desde luego. Pero no ahora. Pasa delante.

Entraron, encendieron sus linternas.

—Esto —cuchicheó Bernardin— es el vestíbulo. A la izquierda, el salón y el comedor. A la derecha, el despacho.

El haz luminoso de la linterna se paseaba por las paredes, completando su información.

—Demos un vistazo al salón —dijo Lupin.

Cruzó la doble puerta y descubrió una habitación muy amplia, con profusión de sillones, vitrinas y mesitas adornadas por jarrones llenos de flores. Al instante, todo su ser se sintió turbado, emocionado, pues renacía en su mente el recuerdo de aventuras, de locas osadías, de incursiones audaces emprendidas para demostrarse que valía la pena vivir. En ese momento, no obstante, no estaba cometiendo ningún acto ilustre. Su visita nocturna a los Mendaille era mero turismo, una insignificante fantasía que se permitía para complacer a Bernardin. Aun así, rememoraba sus inicios y no conocía nada más agudo, más embriagador que ir descubriendo, a tientas, los recovecos y la intimidad de una morada cuyo acceso le estaba vedado.

Los gruesos cortinajes corridos delante de las ventanas sobrecargaban la atmósfera. Las flores, rosas y claveles, emanaban un aroma dulzón, casi fúnebre. «Béatrice Mendaille —ironizó—: tiene usted algo descuidada la casa. ¡Oh! Perdón». Lupin se hallaba ante ella. La linterna iluminaba ahora un cuadro imponente que representaba a una joven, de pie; estrechaba contra su cuerpo un manojo de lirios que le ocultaban la parte inferior del rostro. Sus ojos, muy azules, parecían plantear una dolorosa incógnita. Las manos que sostenían el ramo, lucían varios anillos soberbios. «Rica y desgraciada, pensó Lupin. Si comprendiera, señora, cuál es el significado de su atribulada mirada, no le quepa la menor duda de que me…». Un crujido, a sus espaldas, le sobresaltó y su linterna apuntó hacia el origen del ruido. Bernardin estaba forzando la tapa de un escritorio.

—Vaya —dijo Lupin a media voz—. Tú, al menos, no pierdes el tiempo. Entérate de que no hay que abalanzarse como un tragaldabas sobre el primer cachivache que te sale al encuentro.

—Pero, patrón, si aún no he cogido nada. Estaba buscando…

—¿Qué?

—Cosas de valor, y como este escritorio estaba cerrado con llave, pensé…

Lupin paseó por el aposento, meneando la cabeza a medida que su linterna iluminaba cuadros y muebles.

—¡Qué poco estimulante! Me da en la nariz que esta pareja ya se ha desprendido de los mejores fragmentos. Lo que queda, no digo de entrada que sea desdeñable, por supuesto, pero a nosotros no nos interesa. Las vitrinas están medio vacías y eso, Bernardin, es un indicio que no engaña. La miseria, la espantosa miseria, ha entrado aquí antes que nosotros.

—Pero… ¿y las joyas?

—Ven a ver.

Lupin proyectó sobre el cuadro la luz de su linterna y Béatrice Mendaille apareció otra vez. Bernardin se echó atrás.

—Que no se te va a comer, chico —exclamó Lupin—. Fíjate en sus ojos… ¿Eh? ¡Qué amargura! ¿Y sabes por qué?… No sólo porque su matrimonio es un fracaso y su marido un pelanas, sino porque la asedia la estrechez. Conque, las joyas… ¿Qué te quieres apostar a que ya se las han vendido?

—Pues Joseph me aseguró que…

—Tu Joseph es un imbécil. Mucho me temo que nos hayamos molestado por nada. Vamos a mirar aquí al lado.

Cruzaron el vestíbulo y entraron en el despacho. Las cortinas estaban sin correr; la luna dibujaba el contorno de la ventana y brillaba por entre los intersticios de las persianas. La habitación olía a puro y a encáustico. Lupin

paseó velozmente su linterna y estableció el inventario: la mesa, la biblioteca, los asientos, todo estilo Imperio.

—Copias —murmuró—, imitaciones. ¡Todo esto viene directo del faubourg Saint-Antoine!

Se sentó a la mesa, observó distraído el cartapacio de cuero, los tinteros, el archivo que contenía algunas cartas, el teléfono, el cenicero macizo. Advirtió que Bernardin ya estaba acercando la mano al cajón superior y le pegó en los dedos.

—Las manos quietas. Cáspita, ¿serás de los que arramblan con todo? No hemos venido aquí a robar. Ni menos aún a birlar. Hemos venido a descontar. Y te confieso que me siento muy defraudado.

Suspiró y se decidió a abrir el cajón de la izquierda. Descubrió enseguida un pequeño fajo de billetes de banco, sujetos por un alfiler. Contó cuatro billetes de mil francos.

—Sin ningún interés —dijo, devolviéndolos a su sitio—. Dinero para proveedores. Esta pobre mujer ya tiene suficientes quebraderos de cabeza para que, encima, vengamos nosotros a aumentarlos.

—¡Me sale con cada una! —rezongó Bernardin.

Lupin examinó prontamente los demás cajones: facturas, muchas facturas, y también los pobres despojos que suelen yacer en el fondo de un mueble: lápices rotos, una estilográfica inútil, gomas…

—Ah, esto ya no me lo esperaba —dijo Lupin.

Depositó ante sí un bloc con membrete:

Finca de los Tres Pozos, Marne.

Tenía el papel amarillento. Estaba claro que el bloc ya no servía para mandar cartas, sino acaso sólo como borrador, pues la primera hoja recogía las huellas de unos garabatos.

Finca de los Tres Pozos, meditó Lupin. Su antigua hacienda, sin duda. ¡Mucho tendría que afectarle para que conservara este bloc!

Lo echó al fondo del cajón. Bernardin, por su parte, hurgaba febrilmente, al otro lado.

—Con cuidado —recomendó Lupin.

Y de repente alzó una mano.

—¡Alto!

—¿Qué? ¿Pasa algo?

—¿No te das cuenta? Sal de ahí.

Apartó a su compañero de un empujón y luego, con cautela, sacó de su hueco el cajón que Bernardin estaba registrando.

—¿Qué? ¿No lo ves? Pero, hombre, este cajón es más corto que los demás. Y, si es más corto, significa que tiene algo detrás. ¿Y quieres decirme lo que tiene detrás?

—Yo qué sé… ¡Ah! Ya caigo. Un compartimento secreto.

—¡Te ha costado! ¡Je, je! Bien pudiera ser que nuestro barón de los Tres Pozos escondiera aquí su tesoro de guerra.

Se arrodilló y metió el brazo por la abertura. Hablaba a media voz, con los ojos cerrados y las facciones tensas: Ni un saliente… Ni un botón… Lo normal es que haya un elemento móvil… No te excites, Bernardin… Un escondrijo tan ridículo no puede ocultar gran cosa. ¿Qué cabe ahí dentro? ¿Cartas de amor? Me extrañaría. Supongo que habrá más recibos… ¿No puedes apartarte un poco?… Si no dejas de hablar, no oiré el ruido del resorte… Ah, ya está…

Alumbró el fondo de la cavidad.

—Buen trabajo —siguió diciendo—. Parece una arquilla, aunque por desgracia no parece que sea una arquilla muy provista… aparte de media docena de estuches…

Los sacó, los abrió. Estaban vacíos. El terciopelo conservaba la huella de las joyas desaparecidas.

—¿Está seguro, patrón, de que no hay nada más?

—Míralo tú.

Bernardin se agachó a su vez y examinó el cajón secreto.

—Creo que veo un billete de banco.

—Enséñamelo.

El joven retiró un billete de cincuenta francos.

—Estaba muy al fondo, casi pegado.

Lupin dio vuelta y más vuelta al billete. Lo colocó a escasos centímetros de su linterna, iluminando el extraño hallazgo. Éste presentaba el rastro de numerosas arrugas, que luego habían sido cuidadosamente alisadas, acaso con una plancha, pero las anteriores dobleces aún formaban una red de finas rugosidades. La agilidad mental de Lupin funcionaba a todo gas. ¿Por qué ocultar en el fondo de un escondrijo un billete de tan poco valor? ¿Sería falso el billete?

Lupin se sacó de la cartera un billete de cincuenta francos, puso los dos billetes juntos sobre el cartapacio, los estudió atentamente: diseños idénticos, idéntico color. Sólo diferían en la numeración. Palpó uno y luego otro. La misma sensación, exactamente. Examinados a contraluz, ofrecían la misma filigrana. Este billete de cincuenta francos tenía todo el aspecto de ser bueno. Sin embargo, Lupin deducía por instinto que no convenía precipitarse. ¿Por qué Mendaille había tenido el descuido de guardar en un cajón la suma de cuatro mil francos, sin ni siquiera cerrarlo con llave, mientras que en cambio se preocupaba de poner a buen recaudo un vulgar billete de cincuenta francos? Qué misterio más irritante.

—¿Qué hacemos, patrón? El tiempo corre.

—Sí, ya voy —dijo Lupin maquinalmente—. Toma, devuelve el billete a su sitio.

No obstante, con gesto de prestidigitador, procedió al cambio de billetes y, mientras Bernardin metía en la arquilla el billete perteneciente a Lupin, este último guardaba

celosamente en su cartera el que correspondía a Mendaille. ¡Caso por resolver!

Inspeccionaron velozmente la biblioteca. Sólo contenía diccionarios, libros de derecho y algunas novelas: Zola, Loti, Anatole France, Richepin, Maupassant…

—Me gustaría ver la cocina —dijo Lupin—. Nunca se sabe.

—¿Y el comedor?

—También le echaremos un vistazo.

—¿Puedo visitar el piso de arriba, mientras usted escudriña por aquí?

—No. Tú te quedas conmigo.

—¿Desconfía de mí, patrón?

—De ti, no. Desconfío de tus talentos de mangante. Anda, ven.

Salieron del despacho y hallaron, al final del vestíbulo, la puerta que daba a la cocina. Lupin iluminó la pieza y fue descubriendo los cacharros, los fogones, una mesa muy larga, el fregadero y unas cuantas sillas de paja.

—Nada que nos interese —susurró Bernardin.

—Estoy de acuerdo. Sin embargo, nunca te olvides de registrarlo todo. Te diré que una vez descubrí un paquete de valores en el horno de una cocina. El sitio era ideal. Mucho más seguro que una caja fuerte.

El chorro luminoso de su linterna barrió las paredes.

—Vaya —dijo con voz divertida—, me había olvidado de que hoy estábamos a 13.

Se acercó a un calendario colgado sobre la cesta del pan, se sacó el reloj.

—Las doce y veinte.

Meticuloso, arrancó la hoja del día, la estrujó y se la metió en el bolsillo.

—¿Viene, patrón?

—Eres peor que un crío, Bernardin.

Y de pronto, asió a su compañero por el hombro.

—Chitón… Escucha.

Percibieron entonces un ruido que Bernardin reconoció aterrado.

–Hay alguien hablando –balbuceó.

–¡Cállate!

Era un cuchicheo rápido, intercalado de breves silencios. Parecía proceder del vestíbulo o quizá del despacho. Y resultaba más espantoso que un grito o que una llamada de auxilio.

–¡Idiota! –murmuró Lupin–. Mendaille no fue a su círculo.

Apagó la linterna, cruzó de puntillas el vestíbulo, abrió la puerta del despacho. Adivinó, en la penumbra, una silueta que se inclinaba sobre el teléfono. La acometió. Obligado a defenderse, el hombre tuvo que soltar el aparato. El choque alcanzó de inmediato una gran ferocidad. Mendaille era pesado y robusto como un oso. Lupin conocía todos los secretos del *jiu-jitsu*, pero el otro le paralizaba los brazos, atenazándolos. Luchaban a ciegas, derribando a su alrededor objetos que se rompían, Lupin se soltó de un rodillazo y, al buen tuntún, asestó un revés con el filo de la mano buscando la garganta de su adversario. El otro le paró el golpe al instante y le agarró por el cuello, doblándolo hacia atrás. Lupin perdió el equilibrio y cayó, con tan poca fortuna que la pierna derecha le quedó aprisionada bajo el cuerpo. Un dolor muy vivo le barrenó el tobillo. Procuró superar la asfixia que casi le vencía. Oyó, de muy cerca, procedente del teléfono derribado sobre la alfombra, una voz distante y minúscula que gritaba: «Diga… Diga… Conteste…». Tensando todos sus músculos, logró echar a un lado el cuerpo que le aplastaba y retorció con energía la muñeca que tenía hincada bajo el mentón. El otro gimió y le soltó. En el mismo instante, estalló una detonación por encima de la cabeza de Lupin. El fogonazo del disparo le cegó. Se incorporó apoyándose en una rodilla.

–Lo has matado –exclamó–. Qué idiota… ¡Enciende!